

No todo lo espiritual es bueno (3/3)

Dr. Justo L. González



Primera Iglesia Bautista de Yauco
Puerto Rico
8 de marzo de 2013

No todo lo espiritual es bueno (3 de 3)

1 Juan 4.1

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo.

Vivimos en tiempos difíciles para la iglesia y para la fe cristiana. Por todas partes aparecen retos, dudas, doctrinas extrañas, autodenominados apóstoles. Cada cual se inventa la religión que le parece, tomando un poquito de aquí y otro poquito de allá—como un cocinero que prepara una paella a su estilo, añadiéndole y quitándole ingredientes según su gusto particular. Por otra parte, la influencia que la iglesia tuvo en los gobiernos, en la sociedad y en la moral no es ya la misma, y todo parece indicar que no será la misma al menos por algún tiempo. Es por eso que digo que vivimos en tiempos difíciles.

En tales tiempos, uno de los principales recursos que tenemos es el pasado. Esto es cierto no solo de la iglesia, sino de toda la condición humana: el pasado es caudal de experiencias, experimentos y recuerdos que nos ayudan a enfrentarnos a situaciones al parecer nuevas. Anoche a medianoche, cuando todo estaba oscuro, no temí la oscuridad, porque la experiencia de generaciones, siglos y milenios me permitía saber que en unas pocas horas el sol volvería a alumbrar. Y hace unos días quienes me recogieron en el aeropuerto sabían cómo llegar a Yauco, en parte porque lo habían hecho antes, y en parte porque contaban con la experiencia de muchos otros que antes que ellos han hecho el mismo viaje. A cada paso, sin apenas darnos

cuenta de ello, nos volvemos al pasado para enfrentarnos al presente y al futuro.

Esa es una de las razones por las que la historia me fascina, porque es una cantera de la cual podemos sacar materiales para construir el futuro.

Pero no todos los momentos históricos son igualmente válidos en toda circunstancia. Anoche a medianoche, de poco me hubiera servido recordar que ya estaba oscuro cuando me acosté.

Para que la historia me sirviera, tuve que escoger otros momentos semejantes al mío, es decir, otras muchas medias noches a las que siguió el amanecer. De igual modo, quien me trajo del aeropuerto tuvo que servirse, no de cualquier otra memoria, sino de la memoria específica de otro viaje como el que se proponía.

Luego, cuando hoy tratamos de enfrentarnos al presente y al futuro como creyentes y como iglesia, lo primero que tenemos que hacer es ver qué pasado, qué momento de la historia, más se asemeja al nuestro, para entonces tratar de extraer de él pistas acerca de lo que podemos y debemos hacer hoy.

Y lo que me atrevo a sugerir hoy es que para nuestra situación presente hay abundantes recursos en la experiencia de la iglesia en aquellos años hacia fines del período neotestamentario, cuando la fe comenzó a derramarse más allá de los límites de la tradición hebrea, y a abrirse paso en el mundo grecorromano.

Es precisamente de esos años que data el pasaje que estudiamos hoy: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios”.

Los Evangelios nos presentan a Jesús dentro de un contexto hebreo. En ese contexto, aunque ciertamente los romanos y otros gentiles aparecen ocasionalmente, quienes ven y escuchan a Jesús le ven dentro de la perspectiva de su tradición judía. Judíos eran sus primeros discípulos, judíos quienes escucharon su predicación y vieron sus milagros, judíos los fariseos, los saduceos, y muchos más. Cuando estos judíos se convertían al cristianismo, no tenían que hacer más que confesar que Jesús era el Mesías prometido, y eran bautizados de inmediato, como vemos en los primeros capítulos de Hechos.

Al seguir leyendo el libro de Hechos encontramos otras tres esferas de expansión de la fe. La primera son judíos que se han criado fuera de Palestina, quienes por tanto no son tan bien vistos como los de Judea —es decir, los judeos. Estos son los “helenistas” o los “griegos” que aparecen en Hechos 6. Todos son judíos, pero los de Judea piensan que los otros son menos fieles. Cuando la iglesia se expande hacia ese segundo grupo, empieza la persecución contra ellos. Esteban, el primer mártir, era uno de esos judíos helenistas.

Pero hay entonces otra esfera más amplia, que es donde el cristianismo tiene su primera gran expansión más allá de los hijos e hijas de Abraham. Se trata de aquellos gentiles a quienes los judíos llamaban “temerosos de Dios” o “piadosos”. Eran personas que conocían y creían la fe de

Israel, y guardaban sus reglas morales, pero no se convertían al judaísmo. Temerosos de Dios eran el eunuco etíope que aparece en Hechos 8, y el centurión Cornelio, que aparece en el capítulo 10. Nótese que el etíope, aun cuando no podía hacerse judío porque la Ley prohibía que un eunuco se uniese al pueblo de Dios, tenía suficiente fe como para venir desde Etiopía hasta Jerusalén a adorar, e iba leyendo las Escrituras de Israel. También estaban temerosos de Dios muchos otros entre quienes primero escucharon la predicación de Pablo. Esto se ve, por ejemplo, en el discurso de Pablo en la sinagoga de Antioquía de Pisidia, en Hechos 13, donde Pablo se dirige a quienes le escuchan, primero, como “israelitas y los que teméis a Dios”, y luego como “hijos del linaje de Abraham y los que entre vosotros teméis a Dios”. Y la historia continúa diciéndonos que al sábado siguiente fue tal la concurrencia a la sinagoga, precisamente entre tales “temerosos de Dios”, que “viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos”.

Pero según avanza la misión paulina el evangelio empieza a alcanzar otra esfera de influencia. Ahora atrae también a los paganos. En Atenas, se convierten, entre otros, Dionisio el areopagita y Dámaris, probablemente ambos paganos. Unas décadas después, hacia el final del siglo primero, la iglesia se va abriendo paso cada vez más entre los gentiles —entre gentiles que no eran temerosos de Dios, sino sencillamente paganos que se convertían. Pronto la mayoría de los creyentes eran tales gentiles, personas que no habían sabido mucho de la fe de Israel hasta que se convirtieron al cristianismo.

Esto planteaba nuevos problemas, pues se trataba de personas acostumbradas a adorar una

multitud de dioses, y a seguir prácticas que tanto Israel como la iglesia condenaban. Es en ese contexto que Juan el presbítero escribe estas palabras: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios”.

Teniendo todo eso en mente, si ahora analizamos ese ambiente en que tuvo que moverse la iglesia en tiempos del pasaje que estudiamos, veremos que, salvando naturalmente las distancias de casi veinte siglos, había circunstancias muy parecidas a las nuestras.

Durante casi todo el tiempo de que nos habla el Antiguo Testamento, los estados fueron en su mayoría pequeños. Aparte de Egipto, casi todo lo demás eran ciudades-estado —es decir, estados cuyo gobierno escasamente alcanzaba mucho más allá de los alrededores de la capital. Pocos eran los que viajaban más de unos pocos kilómetros de su lugar de nacimiento. Quien vivía en Atenas, en Éfeso o en Jerusalén conocía a sus vecinos. Su cultura era la misma de sus vecinos. Sabía exactamente cuál era esa cultura, y sabía también cuál era su propio lugar en la sociedad y quiénes eran sus dioses. Posiblemente sabría de otros dioses, pero sabría también que esos eran los dioses de otros estados —frecuentemente de estados rivales.

Pero entonces vinieron, primero, las conquistas de Alejandro y, luego, las de Roma. Los estados y las ciudades desaparecieron, o se volvieron meros agentes de los poderes imperiales. Esto, que desde el punto de vista de la política internacional tuvo enormes consecuencias, también las tuvo en las culturas y las religiones. El ciudadano de Éfeso cuyos antepasados no vieron

jamás un romano, un egipcio o un judío, ahora no solo los encontraba a cada paso, sino que los tenía como vecinos. Ya los dioses egipcios Isis y Osiris, y los dioses romanos Venus, Marte y Neptuno no eran deidades lejanas de pueblos extraños, sino que tenían sus seguidores en la misma ciudad de Éfeso. Los dioses se mezclaban y a veces hasta se confundían. Así, por ejemplo, en esa misma ciudad de Éfeso que he tomado como ejemplo, la antigua Diosa Madre que había sido adorada por siglos se convirtió primero en la diosa griega Artemisa, y luego en la romana Diana.

(Quizá sea bueno añadir que esa mezcla tenía también matices políticos, pues en ello las autoridades imperiales veían un modo de evitar conflictos de carácter religioso, ya que de ese modo cada cual podía seguir adorando a sus dioses al mismo tiempo que adoraba a Roma y los suyos. Como sabemos, esta fue una de las principales causas de fricción entre el Imperio Romano y sus súbditos judíos, quienes insistían en que no había otro Dios sino el Dios de Israel.)

Pero esa mezcla sí tuvo enorme éxito entre el resto de la población. Los dioses se mezclaban, las doctrinas se confundían, cada cual confeccionaba su propia religión, como el cocinero que mencioné al principio decide por cuenta propia qué ingredientes usar en su paella. De hecho, una de las más conocidas novelas de aquellos tiempos, la *Metamorfosis* de Apuleyo, cuenta acerca de un personaje que va de religión en religión coleccionando experiencias y ritos como yo coleccionaba sellos en mi juventud.

Esto quiere decir que esa religión que hoy llamamos “paganismo” no era en realidad una religión organizada, con doctrinas claras y definidas. Era más bien una masa amorfa de creencias, prácticas, ritos y supersticiones que cada cual tomaba como le parecía.

Este es uno de los puntos en que me parece que la situación de aquellos tiempos se parece a la de nosotros hoy. Hace unos años, mi esposa y yo estábamos en Mérida, Yucatán. Era el mes de marzo, y se acercaba el equinoccio de primavera. En el aeropuerto nos encontramos una multitud, en su mayoría jóvenes, pero también algunas personas más maduras. Todos habían venido para estar en las ruinas mayas de Chichén Itzá y ver el famoso fenómeno de la serpiente que parece descender las gradas de la gran pirámide. En una esquina, sentado con las piernas cruzadas en la posición llamada “del loto”, un joven repetía: “om, om, om”. En otro lugar, una joven le mostraba sus piedras magnéticas a una anciana. Otra trazaba en el suelo extrañas figuras relacionadas con las constelaciones del horóscopo. Uno tenía marcados ciertos pasajes en la Biblia, y trataba de relacionarlos con el espiritismo y con la “nueva era”. Poco antes habíamos visto a una señora que proclamaba ser bruja. Y todos iban a Chichén, para experimentar allí lo que pensaban ser los profundos secretos espirituales de los mayas.

Lo que veíamos allí en Mérida era semejante a lo que sucedía mucho antes en aquel antiguo Imperio Romano en que el cristianismo se iba abriendo paso hace casi veinte siglos: la religión estilo cafetería, en la que cada cual se sirve lo que le gusta, y se despreocupa por lo demás; la religión amorfa, en la que no importa lo que se crea, siempre que se crea en algo; la religión

individualista, en la que difícilmente hay dos personas que crean lo mismo; la religión cuya fe no está en Dios, sino en la religión misma.

Y es precisamente frente a esa religión que Juan les escribe a sus contemporáneos y que Juan nos dice hoy: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios”.

Por otra parte, en medio de esa confusa variedad religiosa había un elemento común: una tendencia hacia un dualismo radical, un contraste entre lo que podría llamarse “espiritual” y lo “material”. En la tradición religiosa que venía del oriente, de la región de Persia, se hablaba de dos principios eternos, opuestos e irreconciliables: el principio de la luz, y el de las tinieblas. Según aquella tradición religiosa, el principio de la luz, la realidad material, es decir, todo cuanto vemos y tocamos, incluso el cuerpo humano, es producto del principio del mal. Frente a esa realidad material, pero mezclada con ella, está el principio de la luz, que se manifiesta en todo lo espiritual. En el caso particular del cuerpo humano, esto quiere decir que el cuerpo es producto de las tinieblas, y que el alma es producto de la luz. Por tanto, según esa tradición, lo que había que hacer era desentenderse del cuerpo, castigar el cuerpo, librar el alma de las ataduras del cuerpo.

De manera semejante, aunque con notables diferencias, entre los griegos, y particularmente en la cultura helenista de principios de la era cristiana, se pensaba que lo importante del ser humano era en realidad el intelecto o el alma. Según la tradición filosófica dominante por ese

entonces, los sentidos corporales no son capaces de llevarnos a ningún conocimiento verdadero. Los sentidos nos engañan. El conocimiento verdadero es aquel que se basa solo en la razón —en la razón aparte de todo dato de los sentidos— como la verdad de que dos y dos son cuatro. El alma o intelecto se encuentra prisionera dentro del cuerpo —y de ahí el famoso juego de palabras, soma sema, el cuerpo es sepulcro. Por eso es que, según Platón cuenta en sus diálogos, cuando Sócrates bebió la cicuta lo pudo hacer con toda calma, pues después de todo lo que estaba aconteciendo era que su alma se libraba por fin del cuerpo. Una vez más, como en la religión que venía de Persia, el dualismo, el contraste entre un cuerpo malo o al menos inútil y un alma esplendorosa, era la orden del día.

Algo parecido aparecía también en toda esa confusa tradición religiosa que hoy llamamos “gnosticismo”. Con buena mezcla de varias tradiciones religiosas y filosóficas, y con una enorme variedad de escuelas y de sistemas, una de las características de todas las diferentes escuelas gnósticas era precisamente ese dualismo radical según el cual el ser humano es un alma apresada dentro de un cuerpo, de modo que el propósito de la supuestamente verdadera religión era librar al alma de las ataduras del cuerpo y de la materia. En algunos casos esto llegaba al punto de concluir que, como lo que el cuerpo haga no tiene nada que ver con el alma, después de todo lo mejor es dejar que el cuerpo actúe como mejor le parezca, mientras el alma se ocupa de su propia espiritualidad —en otras palabras, un libertinismo extremo.

En esto también la situación de hoy se parece mucho a la de aquellos tiempos. Hoy también

hay un enorme interés —aunque a veces oculto— en todo lo que sea “espiritual”. Hoy se habla de espiritualidad por todas partes. Hoy hay muchos que no se interesan en la iglesia ni en ninguna otra comunidad de fe, pero sí buscan ese algo difuso que llaman “espiritualidad”. No sé si por acá será igual a donde yo vivo, pero si allá voy a una librería y busco la sección sobre “religión”, probablemente encontraré unas Biblias y otros pocos libros netamente cristianos. Pero también encontraré buen número de tratados sobre la llamada “espiritualidad” —sobre los secretos espirituales de los mayas, sobre la mística budista, sobre espiritismo y la comunicación con los muertos, sobre cómo los ejercicios de yoga ayudan a la contemplación espiritual, y un sinfín de cosas parecidas.

En resumen, cuando comparamos los tiempos en que Juan escribió su carta con estos en que nos ha tocado vivir, de inmediato notamos dos puntos comunes en lo que a religión se refiere:

En primer lugar, la religión de entonces se volvía cada vez más, y la de hoy también se vuelve cada vez más, asunto de confección privada. Cada cual tomaba entonces y toma hoy lo que le parecía o lo que le parece de cada doctrina y teoría en circulación, y con eso cada cual se construía, y se construye, su propia religión. Es a esto que me refería antes al hablar de un cocinero que tiene su receta personal para preparar una paella a su gusto.

En segundo lugar, en el ambiente religioso de entonces, como en el de hoy, había una fuerte tendencia a contrastar lo espiritual con lo material —a pensar que el alma es buena, y que el

cuerpo, o es malo, o no tiene importancia alguna. Se pensaba que, puesto que todo lo espiritual es bueno, y lo material es malo, lo mejor es ser superespiritual, andar pensando siempre en las cosas espirituales, y desentenderse de las materiales.

Es frente a esas tendencias que Juan escribió: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios”. En otras palabras, que no todo lo espiritual es bueno. Por eso Pablo habla de “huestes espirituales de maldad”, y que en toda la Biblia se habla frecuentemente de “espíritus inmundos”.

Y lo contrario también es verdad: las cosas materiales no son malas. Como dijimos ayer al citar los antiguos credos de la iglesia, el cuerpo no es malo. El cuerpo y todo lo que nuestros ojos ven son creación de Dios. Dios es el creador de “todas las cosas, visibles e invisibles”.

Cuando Juan escribía estas palabras, la principal amenaza a que se enfrentaba el cristianismo no eran esas persecuciones que tanto escuchamos. Las persecuciones fueron crueles, sí; y los mártires fueron muchos, sí. Pero la gran amenaza al cristianismo no le venía de fuera, de sus enemigos declarados, sino de dentro, de quienes, convencidos de que todo lo espiritual era bueno, y lo material era malo, querían hacer del cristianismo una religión superespiritual. Y también de muchos que, precisamente por querer ser superespirituales, buscaban una clave para leer las Escrituras desde una perspectiva supuestamente superespiritual. Así, había quienes decían que, puesto que la creación material es mala, el Dios Creador del Génesis no

puede ser bueno. Buenos son quienes se le oponen: la serpiente, Caín, y otros por el estilo.

Sobre la base de tales pretensiones superespirituales, aparecían también unos “superapóstoles” o “grandes apóstoles” a que se refiere Pablo en Segunda de Corintios 11, y de los cuales dice que son “falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan de apóstoles de Cristo.” Estos superapóstoles pretendían que eran ellos quienes tenían el secreto de la verdadera religión. Pablo y los demás no sabían de lo que estaban hablando, no eran suficientemente espirituales, no tenían la visión espiritual, no entendían lo que era el evangelio. Pero ellos sí lo entendían. Ellos sí tenían el secreto. Ellos sí eran espirituales. Pero en realidad tales superapóstoles, o superespirituales, estaban minando tanto la verdadera doctrina como la verdadera vida cristiana. Pablo les combate diciendo que “temo que, así como la serpiente engañó a Eva, vuestros sentidos sean también de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo”. Y les combate también sugiriendo el contraste entre él mismo, que no espera paga ni recompensa, y que ha sufrido mil dificultades y vicisitudes, y estos superapóstoles que viven del Evangelio, y que aparentemente se jactan del éxito que tienen y lo bien que les va.

Y si todo esto nos parece cuestión del pasado, nos engañamos. Hace algún tiempo, sin necesidad de buscarlo mucho, encontré un sitio en la internet en que el unos de esos superapóstoles se jactaba y decía: “Únete a mi red apostólica. Antes yo predicaba por un racimo de plátanos, y ahora ando en Cadillac”. Todos hemos escuchado de un buen señor en

Miami que dice que él es a la vez Jesucristo y el 666. Y anda por ahí una iglesia cuyo lema y promesa es “para de sufrir”, sobre la premisa de que quien es fiel a Dios (y, naturalmente, hace ofrendas sacrificiales) recibirá bendición y todo le irá bien. Lo cual implica que ni Jesús ni Pablo fueron tan fieles, pues Jesús fue crucificado y Pablo sufrió prisiones, azotes, naufragio y por fin la muerte.

Pero no. Según Juan los creyentes en Jesucristo hemos de probar los espíritus, si son o no de Dios. Y la prueba que Juan ofrece, al parecer sencilla, es profunda: “todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios”.

En tiempos de Juan, como en los nuestros, los superespirituales se inventaban un Jesús medio fantasma, un Jesús sin verdadero cuerpo material, un Jesús puramente espiritual, un Jesús a quien se conocía mediante secretas revelaciones espirituales, y no por el testimonio de quienes le conocieron y vieron. (De paso, el famoso “Evangelio de Judas” que hace poco creó tal revuelo en las noticias, pero que en realidad es bastante posterior al tiempo de los apóstoles, dice algo parecido. Según él, Jesús era un ser puramente espiritual, cautivo del cuerpo, y por eso le ordenó a Judas que lo traicionara, para así morir y ser librado del cuerpo.)

Pero Juan no quiere saber nada de ese Jesús de los superespirituales, de un Jesús puro espíritu. Es por eso que al principio mismo de su carta dice que lo que él anuncia es “lo que hemos oído,

lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos.”

El mensaje cristiano no es acerca de un ser superespiritual, sino de un Dios hecho carne, de un Dios hecho humano para habitar entre nosotros, para que viéndole, tocándole, la humanidad pudiera ver y tocar a Dios.

Pero Juan no se queda ahí. El texto que venimos estudiando continúa diciendo que “todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y éste es el espíritu del Anticristo, que vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo”. Este tema del Anticristo ha captado buena parte de la imaginación popular. Así, nos imaginamos un Anticristo abiertamente malvado, destructor, persecutor del cristianismo. El Anticristo debe ser alguien como Nerón, que había perseguido antes a los cristianos, o como Domiciano que los perseguía en el tiempo en que probablemente se escribieron las epístolas de Juan.

Pero aquí conviene anotar ciertos puntos. El primero es que, por extraño que nos parezca, ese título de “Anticristo” aparece sólo en las epístolas de Juan. Además del pasaje que estamos estudiando, aparece poco antes, en Primera de Juan 2, y luego en Segunda de Juan 7, donde se habla de los “engañadores que han salido por el mundo”, y se declara que “quien esto hace es el engañador y el anticristo”.

Y el segundo, pero más importante, es que este anticristo no es como a menudo imaginamos. El anticristo no es quien persigue a la iglesia. El anticristo no es Nerón ni Domiciano. Los

anticristos son los falsos profetas, los falsos apóstoles y maestros que han salido por el mundo, y que andan enseñando doctrinas supuestamente superespirituales que sin embargo niegan que Jesucristo ha venido en carne, que el mensaje cristiano es tocante a “lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que palparon nuestras manos”.

Y todo esto no es solamente cuestión de doctrina, sino que es también cuestión de la práctica de la vida cristiana. Un Jesús superespiritual, un Jesús fantasma, un Jesús sin cuerpo como el nuestro, no es el Jesús de los Evangelios, ni es el Jesús que se ocupa de alimentar a las multitudes y de sanar a los enfermos. El evangelio de los superapóstoles, el engaño de los anticristos, la doctrina de los superespirituales, lleva a una vida cristiana supuestamente superespiritual. Poco después de tiempos de Juan, otro líder cristiano, Ignacio de Antioquía, escribe que a estos superespirituales “poco les importan las viudas y los huérfanos” —es decir, que, puesto que al fin y al cabo lo que cuenta es el espíritu, lo que sufran los necesitados tiene poco que ver con la vida cristiana. Y ése, mis hermanos, y ése, mis hermanas, ése es el engaño del anticristo. El anticristo tiene poder, no porque ataca abiertamente a los cristianos, sino porque se disfraza de Cristo, porque se cubre de superespiritualidad.

Pero ya hemos dicho suficiente acerca de estos espíritus que no son de Dios, de estas enseñanzas superespirituales. Es hora de que pasemos a decir unas palabras acerca de cómo hemos de guardarnos contra tales doctrinas. Esto es importante, particularmente para una Convención como ésta, porque esto de que hablamos no es cuestión de “allá fuera”, del pasado,

de alguna amenaza distante. No: es cuestión de cómo evitar lo que tan a menudo sucede, que aparece por ahí cualquier falso profeta, cualquier superapóstol, cualquier doctrina nueva, cualquiera que pretende que ahora sí tiene la clave misteriosa de las Escrituras, y allá se va nuestra gente, con el decir de Pablo, como “niños fluctuantes, llevados por todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error” (Ef 4.14). Esta es una convención de líderes, de personas preocupadas por el bienestar y la fidelidad de la iglesia, y es por tanto foro donde debemos descubrir y discutir los instrumentos que han de usarse contra los muchos anticristos que han salido por el mundo.

Y es aquí que podemos aprender mucho de la iglesia antigua —de aquella iglesia que puso todo su empeño en probar los espíritus, y en ayudar a sus fieles a probar los espíritus, para así evitar las artimañas del error. ¿Qué hizo aquella iglesia ante aquellos retos tan semejantes a los nuestros?

AETH

De entre sus muchas pautas que nos convendría seguir, me permito sugerir unas pocas.

La primera tiene que ver con la preparación para el bautismo. Como decía antes, hacia fines del siglo primero, precisamente en tiempos de Primera de Juan, la iglesia comenzaba a abrirse paso entre personas que no eran de raíces ni tradiciones judías. Hasta entonces, como en Hechos, quienes venían a la iglesia eran mayormente personas conocedoras de la fe de Israel y del mensaje de las Escrituras. Por tanto, tan pronto como se convertían se les bautizaba. Pero ahora

que muchos conversos eran de origen gentil, no conocedores de los principios de la fe bíblica ni de sus demandas morales, la iglesia desarrolló todo un plan para la preparación de tales personas para el bautismo —plan que normalmente requería al menos dos años de preparación para el bautismo, y a veces bastante más.

Algo semejante está sucediendo en nuestro caso. Cuando llegaron acá los primeros misioneros evangélicos, sus conversos eran personas formadas en la tradición católico-romana, y por tanto conocedoras de las doctrinas y de los principios morales del cristianismo. Aunque nunca hubieran leído la Biblia, tenían al menos una idea de lo que la Biblia decía. Cuando tales personas se convertían, no se necesitaba más que una breve enseñanza acerca de la fe evangélica y de la organización de la iglesia. Pero hoy vivimos en un mundo cada vez más secularizado. Cada día quienes se convierten vienen con menos y menos conocimientos de lo que son la fe y la vida cristianas. Es por eso que muchas iglesias están desarrollando planes, programas y materiales, para la instrucción pre-bautismal de los conversos. El bautismo es cosa seria, que requiere preparación, claridad de doctrina, compromiso de vida.

Pero no basta con eso. Hay que continuar la educación teológica y bíblica del pueblo bautizado. Hace unos años, la escuela bíblica los domingos por la mañana y los estudios bíblicos por las noches eran parte tan esencial de la vida de nuestras iglesias como lo era el culto de adoración —y a veces hasta más. Por muchas razones, eso va cambiando. La gente está ocupada con dos o más trabajos. Hay temor de andar por la calle de noche. Hay televisión, cine, y juegos de

béisbol, e internet.

Nuestra reacción inmediata será lamentar estas nuevas circunstancias, pensando que vivimos en tiempos sin precedentes en la historia de la iglesia.

Pero lo cierto es que, aun sin televisión y sin internet, la iglesia antigua tenía problemas parecidos. Aquellos primeros cristianos no tenían día de descanso para ir a la iglesia. Muchos eran esclavos, artesanos y otras personas que no eran dueñas de su tiempo. Ni siquiera había imprenta, y por tanto los creyentes no podían leer la Biblia en sus casas. Para la preparación, desarrollo y sostén de sus fieles, la iglesia contaba solamente con algunas pequeñas reuniones a las que algunos podían asistir por las noches, y con el culto una vez por semana al que de algún modo, y frecuentemente con grandes sacrificios, los creyentes acudían.

Ese culto era la gran oportunidad que la iglesia tenía para formar a sus fieles. No era cuestión de entretenerles, ni de emocionarles. Era cuestión de aprovechar cada minuto y cada palabra para la edificación del cuerpo de Cristo y para el desarrollo de los creyentes. Cada himno que se cantaba, cada lectura que se hacía —y se hacían muchas— tenía el propósito de preparar a los fieles para vivir la vida cristiana en una sociedad hostil, para ser fieles a sus principios, y para discernir los espíritus, si eran o no de Dios.

Hoy, a pesar de todas las nuevas circunstancias de la vida, tenemos la misma oportunidad. Hoy

también los fieles se reúnen al menos una vez por semana para el culto de adoración. Y por tanto hoy también, como entonces, tenemos que asegurarnos de que cada minuto, cada palabra, cada gesto, cada cántico, sirvan para la edificación del cuerpo de Cristo y el fortalecimiento y desarrollo de los creyentes. Si hemos de ser una iglesia que responda con fidelidad e integridad a los retos de hoy, y a los que se nos abocan en el mañana, no podemos darnos el lujo de convertir el culto en un período de entretenimiento, ni en un espectáculo, ni siquiera en una experiencia emocional. Numerosos estudios comprueban que el principal recurso con que los creyentes cuentan en sus momentos de crisis, así como en su formación doctrinal, es lo que hacen, dicen y cantan en el culto. Luego, si hemos de enseñar a nuestro pueblo a discernir los espíritus, tenemos que tomar muy en serio lo que se canta y lo que se enseña en nuestro culto de adoración.

Es por eso que en el culto de la iglesia antigua se incluían siempre, además de la alabanza al Dios soberano y la gratitud por su gracia, otros elementos importantes tales como una confesión de pecados, el saludo de paz, la repetición de un credo y el cántico de himnos.

La confesión es necesaria para reconocer la magnitud de la gracia de Dios, y debería ser por tanto fundamento indispensable para la alabanza. Sin reconocer lo pecadores que somos, poco podremos reconocer de la gracia y la misericordia y la gloria de Dios.

El saludo de paz es señal del vínculo que nos une como miembros de una sola familia, y nos

ayuda a sobreponernos a los famosos “chismes” y disensiones que tanto mal le hacen a la iglesia.

Y, puesto que estoy entre amigos, me atrevo a mencionar otro elemento que por razones históricas no siempre ha sido muy popular entre los bautistas. Me refiero a los credos o declaraciones de fe. La iglesia antigua no tuvo un credo al que todos tenían que suscribirse, pero sí compuso varios credos o “reglas de la fe” que se les enseñaban a los creyentes, que se afirmaban en el bautismo, que se repetían en el culto y que servían de guía y de recurso cuando algún creyente se veía en la necesidad de discernir los espíritus. Por eso hacia fines del siglo segundo Ireneo, quien servía como pastor en Galia y era misionero entre los celtas, declaraba que, aunque los celtas no tenían la Biblia, porque su idioma no tenía forma escrita, él no temía que se descarriaron por los falsos maestros, pues conocían bien la “regla de fe”.

Se cuenta de un joven ministro de la Iglesia Ortodoxa Griega que fue a ver a su director espiritual y le dijo, “Padre, tengo dificultades con el Credo”. A lo que el otro le contestó: “Sigue diciéndolo”. Varias semanas más tarde, se repitió la misma conversación: “Padre, tengo dificultades con el Credo”. A lo que el otro le contestó: “Sigue diciéndolo”. Y varias semanas después: “Padre, tengo dificultades con el Credo”. A lo que el otro le contestó: “Sigue diciéndolo”. Por fin, exasperado, el joven preguntó: “Pero, padre, ¿por qué”. Y el anciano le respondió: “Porque no es tu credo, sino el credo de la iglesia”.

Esto se nos hace difícil de entender a quienes nos hemos formado en un ambiente individualista como el que he tratado de describir, y en él se trata, no de la fe de la comunidad, sino de mi fe. Pero lo cierto es que sin una fe común no hay comunidad de fe.

No es cuestión de tener un Credo al que todos tengan que suscribirse y recitar como papagayos. Es cuestión más bien de unificar al cuerpo de creyentes bajo el estandarte de una sola fe, de formarles y formarnos en esa fe. Y es además cuestión de asegurarnos de que en momentos difíciles los creyentes puedan echar mano a algo claro, bien breve y bien aprendido, algo que usar para discernir los espíritus, para reconocer a los falsos maestros, para no dejarse llevar por los apóstoles de última hora.

Por último, una palabra acerca de los cánticos e himnos. Los cánticos no son sólo para deleitarnos alabando a Dios, sino también para afirmar y aprender elementos esenciales acerca de quién es ese Dios, y de lo que ese Dios espera de nosotros. Los cánticos, como toda adoración, son a la vez para alabar a Dios y para invitar a Dios a formar nuestro carácter, nuestra fe y nuestras mentes. Por eso, muchos de los himnos tradicionales tienen una estructura que en sí misma nos enseña acerca de doctrinas tales como la Trinidad. Así, uno bien conocido dice: “A Dios el Padre celestial”, y luego la segunda estrofa: “al Hijo nuestro Redentor”, y la tercera “Al eternal Consolador”. Para terminar con “Unidos load a la gran Trinidad, que es la fuente de gracia, virtud y verdad.”

No estoy diciendo que necesariamente tengamos que volver a los antiguos himnos. Lo que sí estoy diciendo es que si la alabanza se limita, como decía ayer, al alborozo, pronto no será más que alboroto. Será como espuma que parece llenarnos pero nos deja vacíos. Uno de los mejores medios que tenemos para aprender a discernir los espíritus es discernirlos en la alabanza, y enseñar al pueblo a discernirlos. No hacer uso de ese medio es no ser buenos mayordomos de lo que Dios nos ha confiado.

Mis hermanos, mis hermanas, los anticristos que se nos presentan hoy, como los que se presentaban en tiempos de Juan, no son tanto quienes atacan el rebaño desde fuera, quienes persiguen a la iglesia, quienes niegan la fe. Son más bien como lobos disfrazados de ovejas que se introducen en el rebaño y lo devoran desde dentro. Son los llamados profetas superespirituales. Son los llamados superapóstoles. Son quienes nos apartan de la realidad central del evangelio: Que el Verbo que era desde el principio se hizo carne, y vimos su gloria, gloria como del Unigénito Hijo de Dios. Frente a ellos, tenemos que aprender a discernir los espíritus. Para discernirlos, lo primero que tenemos que enseñar y que proclamar es que Jesucristo es venido en carne; que en su carne afirmó nuestra carne y la carne de nuestros prójimos; y que todo esto no es algo que nos hayamos inventado, o que nos haya llegado por revelación especial y privada, sino que es el mensaje que desde antaño proclamaron los verdaderos apóstoles, afirmando que “lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palparon nuestras manos, eso os anunciamos”. Y es eso, y no ninguna palabra o descubrimiento humano, es eso, y no ningún mensaje de algún

autodenominado “espiritual”, ¡es eso lo que anunciamos!

